

Que en todo el mundo hallar fuera posible.

Con gran comodidad, en tiendas ora,
Ora teniendo por techumbre al cielo,
Esparcidas se ven por aquel suelo
Innumerables gentes peregrinas
De todas condiciones, y embajadas
Venidas de propincuas y apartadas
Tierras, bárbaras, griegas y latinas.

Melisa, para quien ni lo presente
Ni el porvenir arcano alguno encierra,
Sabe perfectamente

Que salir deben de este illustre enlace
Los hombres mas famosos de la tierra.
Por eso se complace

En adornar con el mayor cuidado
El tálamo nupcial, y en disponello
Dentro de un pabellon suntuoso y bello
Mas que cuantos produjo,

En paz ó en guerra, el frenesi del lujo.
De obsequiar á sus huéspedes en tanto
El rey Carlos no cesa;

Y juegos mil acrecen el encanto
De aquellos sitios, donde está una mesa
A todas horas lista
Y de ricos manjares bien provista.

Allí se ve quien es buen caballero;
Que mil lanzas y mas rompen al dia;
Cual lidiar á pié quiere, cual porfia
Por lidiar á caballo. No hay empero
Uno entre tantos que valor demuestre
Igual al de Roger, que á todas horas,
Ya en el combate á pié, ya en el equestre,
Se corona de gloria

Y obtiene toda especie de victoria.

El postrer dia, apenas empezado
Está el festin opíparo y solene,
Durante el cual á Bradamante á un lado,
Y á su conyuge al otro, Carlos tiene,

Por la parte del campo se divisa
Un hombre que, avanzando á toda prisa,
Hácia las mesas viene
Con torvo ceño, respirando brios,
Y cubierto de negros atavios.

¿Quién era este hombre? El rey de Argel, que
Ardiendo todavía [en furia

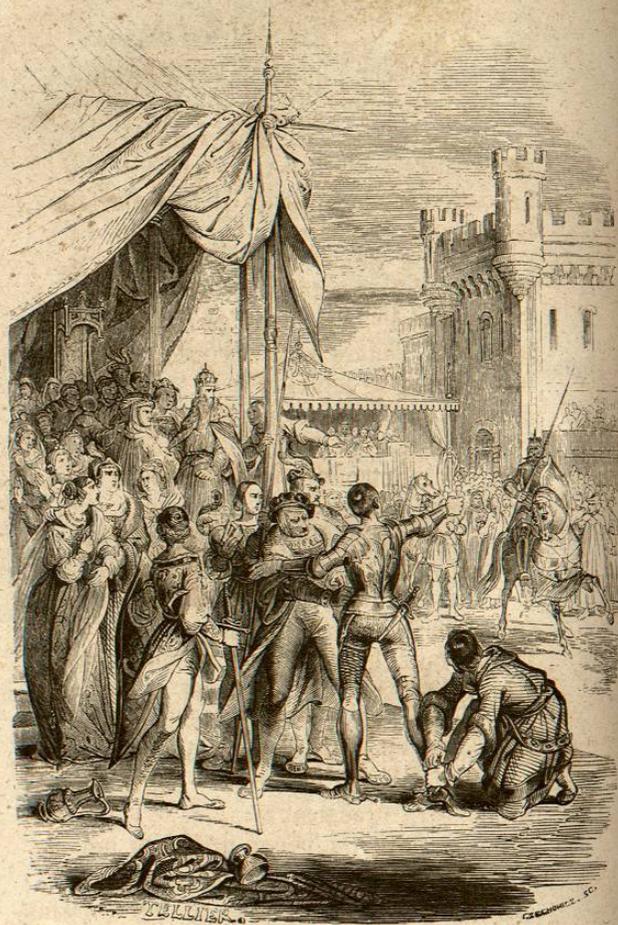
Al pensar en la injuria
Que en el paso del puente
Le hizo la hija de Amon, jurado habia
Espada no ceñir, ni vestir armas,
Ni montar á caballo,
Hasta haber todo un año, un mes y un dia,
Vivido en la mansion de un ermitaño,
Siendo aqueste uno de esos
Castigos con que antaño
Expiaban los héroes sus excesos.

Bien que en todo aquel plazo exacto aviso
Tuvo de los sucesos
Que entre Agramante y Carlos se pasaron,
Al juramento siempre fiel, no quiso
Parte alguna tomar en la refriega;
Mas hoy, al ver cumplido
El año ya y el mes, y al ver que llega
El momento con ansia apetecido,
Dueño se hace de nueva vestimenta,
Y pide otro caballo y otra espada.

De este modo, jornada tras jornada,
Entra en Paris, y á Carlos se presenta.

Sin apearse, ni inclinar la frente,
Ni de respeto dar señal alguna,
Despreciar muestra el rey á aquella gente,
Cuya presencia tanto le importuna;
Y luego de hito en hito
Mirando á Carlos, da un terrible grito,
Y de soberbia loco,
Dice viendo á Roger: «Yo Rodomonte,
«Rey de Sarza, al combate te provocho,

« Y ántes que el sol de nuevo al horizonte
 « En su rápido giro se remonte,
 « Probarte con las armas en la mano
 « Pretendo que vendiste
 « Impiamente á tu jefe y soberano,
 « Y que indigno te hiciste
 « De presentarte al lado
 « De ningun paladin noble y honrado.
 « Y si bien para nadie es un arcano
 « La que tú cometiste felonía
 « De musulm haciéndote cristiano,
 « En el palenque va la espada mia
 « A sostener lo dicho; y si hay guerrero
 « Que ose medir su aliento con el mio,
 « Al campo venga, y vengan dos, tres, cuatro,
 « Vengan todos; que á todos desafío.»
 En pié Roger se pone incontinente,
 Y la venia de Carlos impetrando,
 Dice al de Argel que miente
 Cual todo el que se atreva
 A llamarle traidor; pues no tan solo
 A su monarca dió mas de una prueba
 De afecto y lealtad, sino que pronto
 A sostener estaba con su acero
 Que siempre obró cual noble caballero.
 « Y de tal modo, » dicele, « mi causa
 « Basto yo solo á defender, que espero
 « En breve hacerte ver que al brazo mio
 « No alcanza á resistir todo tu brio. »
 En esto hácia Roger acude Orlando,
 Seguido de Reinaldo, de Oliveros,
 De Grifon, de Aquilante y de Marfisa,
 Todos ellos pugnando
 Porque á efecto el combate no se lleve;
 Pues á ninguno de ellos acomoda
 Que así se turbe de Roger la boda.
 Mas contéstales él: « A dar en breve
 « Un testimonio voy de cuan injusto



Roger desafiado por Rodomonte. (T. II, p. 493.)

« Es todo ese temor y ese disgusto. »

A estas dudas y alarmas
 Pone fin la llegada de las armas
 Que al feroz Mandricardo,
 No hace mucho, quitó Roger gallardo.
 El conde Orlando cálzale la espuela;
 La espada Carlos ciñele al costado;
 Bradamante y Marfisa la rodela
 Le dan, cuando el arnes le han ajustado;
 Astolfo por el freno
 Sujeta á un alazan de genio vivo;
 El hijo de Dudon tiene el estribo;
 Y recorriendo todo aquel terreno
 Reinaldo, Naimés y el marques, despejan
 Bien pronto la estacada
 Siempre á tales funciones destinada.

En alta voz se duelen y se quejan,
 Desigual reputando este combate,
 Las damas y doncellas, temerosas
 De que á Roger el agareno mate.
 Lo propio aviene al pueblo
 Y á mas de un caballero y de un magnate,
 Que olvidar no han podido todavía
 El mal que, con el hierro y con el fuego,
 Hizo en Paris el rey de Argel el día
 En que sus calles recorrió, dejando
 Eternas huellas de su enojo infando.

Triste mas que los otros y angustiada
 Se muestra Bradamante;
 No á fe porque suponga que á su amante
 En esfuerzo y valor el moro exceda,
 Mas porque estar tranquila un solo instante
 La fuerza misma de su amor le veda.

¡ Con qué gozo, gran Dios, aun persuadida
 De haber de perecer en esta empresa,
 Como suya aceptárala, y la vida
 No una vez, sino mil, sacrificara
 A condicion que ilesa

La de su jóven amador quedara!
 Mas no bastan sus ruegos ni su angustia
 A obtener de Roger lo que le pide;
 Trémula pues y mustia,
 De simple espectadora se decide
 A asistir á la lucha. Por un lado
 Llega en tanto Roger; por el opuesto,
 Lleno de orgullo, Rodomonte avanza;
 Y cada cual á combatir dispuesto,
 Con furia embiste sin alzar la lanza.

Rómpense al choque entrambas como hielo,
 Y vuelan sus astillas hasta el cielo,
 Sin causar á los bravos campeones
 Otro daño que hacerlos por el suelo
 Confundidos rodar con sus bridones.
 Con la espuela y la brida estimulando
 Entónces uno y otro á los corceles,
 Levántanse de nuevo, y, arrojando
 Las rotas lanzas, recios y crueles
 Golpes se dan con el desnudo acero,
 Vigoroso y lijero,
 Tratando cada cual de hallar la via
 Que al corazon de su adversario guia.

Bien recordais, señor, como vencido
 El rey de Libia defendiendo el puente,
 Obligado á colgar en él se vido
 Su armadura de escamas de serpiente,
 La espada de Nembrot, y hasta el almete
 Que en las sienas llevaba en el momento
 En que le dió la virgen escarmiento.

Cubierto, pues, de sólida armadura,
 No tanto, empero, cual la suya dura,
 Animoso resiste
 Al buen Roger, que con teson le embiste,
 Y que á la postre en varias partes halla
 Medio de con su acero atravesalla.

Cuando el de Libia roja
 En diversos parajes ve su malla,

Llena el alma de furia y de congoja,
 Su escudo á tierra arroja,
 Con Roger arremete,
 Y le da un fiero golpe en el almete.

Por dos veces Roger, baja la frente,
 A punto estuvo de venir á tierra;
 Recobrarse el de Argel no le consiente,
 Y de nuevo contra él furioso cierra:
 Mas, al golpe tercero,
 Saltó hecho trozos el terrible acero
 Del feroz africano,
 Desarmada dejándole la mano.

Con ella entónces á Roger cogiendo
 Por el cuello, de modo se lo oprime,
 Que de fuerzas y espíritus le priva,
 Y que exánime al suelo lo derriba.
 Veloz cual rayo alzóse de la arena,
 Mucho mas que colérico, confuso,
 Cuando los ojos en su amada puso
 Y nublarse advirtió su faz serena.
 Ansioso de vengar tal desafuero,
 La espada el héroe empuña,
 Y encárase al de Libia, que lijero
 Avanza en su corcel. Cauto el primero,
 Vuélvese un poco, y con la izquierda mano
 Del contrario corcel coge la brida,
 Y varias vueltas le hace dar, en tanto
 Que con la diestra quiere
 Al caballero herir, y, con efecto,
 En el flanco y el muslo al fin le hiere.

El de Argel, que en la mano todavia
 El puño de su espada conservaba,
 Sus golpes repetia,
 Y á darlos mas terribles se aprestaba,
 Cuando Roger, cogiéndole de un brazo,
 Tira dél con tal furia y tal coraje,
 Que á la postre le obliga
 A que deje el arzon y al suelo baje.

Viene al suelo el de Argel; pero en el acto
Torna á ponerse en pié; y, estupefacto,
Y furioso de ver que por dos brechas
Se le escapa la sangre, y que no alcanza
A herir á su rival, con ambas manos
De su espada la rota empuñadura
Ase, y con todo su poder la lanza
Del valiente Roger á la cabeza.

Tanta fué de este golpe la fiereza,
Que á tierra, estremecido,
Vino casi el guerrero sin sentido:
De ardor y de esperanza entónces lleno,
Rápido se adelanta el agareno;
Mas, herido en el muslo, el pié flaquea,
Y le impide correr cual lo desea,
De modo que, á pesar, ó quizá á causa,
Del ansia misma que en sus ojos brilla,
Vacila y dobla en tierra una rodilla.

Sin momento de pausa,
El hierro sanguinario
Esgrimiendo Roger, golpes descarga
En el pecho y la faz de su adversario;
El cual, despues de resistencia larga,
Alzarse logra, y dando alguna vuelta,
Se abraza con Roger y no lo suelta.

En el combate que de nuevo empieza,
Unir procuran ambos contrincantes
Al vigor el ingenio y la destreza;
Mas de los golpes recibidos ántes
El feroz Rodomonte se resiente,
Al par que esta ventaja
Apreciando Roger cual lo merece,
Con manos y con pies lucha y trabaja
Por conseguir el triunfo que apetece.

Lleno el de Argel de cólera y despecho,
A Roger por la espalda ó la garganta
Coge, y á sí lo tira, ó, por el pecho
Suspendido, de tierra lo levanta,

O bien con nudo estrecho
Entre sus férreos brazos lo sujeta,
Pensando de que modo le acometa.

A su presencia de ánimo y pericia
Apelando Roger, cuidadoso evita
Toda sorpresa, y cuando ve propicia
La oportuna ocasion, se precipita,
Y asiendo al rey de Argel por la cintura,
De tal modo con diestra zancadilla
Una pierna le enreda en la rodilla,
Que en alto lo levanta, y sin gran pena
De cabeza derribalo en la arena.

Derribalo; y tan crudo y tan violento
El golpe fué, que del humor sangriento
Que de las venas del de Argel se escapa
La tierra toda en derredor se empapa
Roger, que ve que la victoria es suya,
Y no queriendo que de alzarse encuentre
Ocasión su rival, ambas rodillas
Fijale sobre el vientre,
Y la una mano que el puñal esgrime,
Colocándole encima á la visera,
Con la otra el cuello á Rodomonte oprime;
Y en esta situacion, á que se rinda
Generoso le exhorta
Y con su afecto y su perdon le brinda.

Aquel, empero, á quien morir no importa,
Ve bien que, esto aceptando, se rebaja;
Así pues no lo acepta; ántes se anima,
Y, furioso agitándose, trabaja
Por sacudirse á su rival de encima.

No lo consigue; mas la diestra mano
Armada de una daga
A la postre recobra, y, en su insano
Y ya estéril furor, al héroe amaga.

Roger entónces el error advierte
En que incurre aplazando
De su rival la merecida muerte;

Y dos veces ó tres el brazo alzando,
Armado del puñal resplandeciente,
Del rey de Argel sepúltalo en la frente.

Y, blasfemias atroces exhalando,
Suelta del cuerpo cual la nieve frío,
A las cuevas del Tártaro profundo
El alma descendió del hombre impío
Que no tuvo segundo
Por lo altivo y soberbio en este mundo.

FIN DEL ORLANDO FURIOSO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Pág.
Canto XXIV.	4
Canto XXV.	24
Canto XXVI.	44
Canto XXVII.	72
Canto XXVIII.	100
Canto XXIX.	121
Canto XXX.	156
Canto XXXI.	186
Canto XXXII.	179
Canto XXXIII.	201
Canto XXXIV.	227
Canto XXXV.	246
Canto XXXVI.	262
Canto XXXVII.	279
Canto XXXVIII.	504
Canto XXXIX.	522
Canto XL.	541
Canto XLI.	558
Canto XLII.	578
Canto XLIII.	400
Canto XLIV.	441
Canto XLV.	461
Canto XLVI.	478